

DE REBUS HISPANIAE

EJEMPLAR N^o

12



OCCIDENTE

El Boletín De Rebus Hispaniæ constará habitualmente de las siguientes secciones

ARTICULO EDITORIAL

SECCION PRIMERA.—**NOSOTROS. Sentido católico del Movimiento Nacional**

- a) Legislación Social, educativa, etc.
- b) Disposiciones diversas, hechos.
- c) Relaciones de España con la Santa Sede.
- d) Espíritu religioso en el frente y retaguardia.
- e) Héroes y mártires.

SECCION SEGUNDA.—**ELLOS. Ateísmo comunista de la España roja:**

- a) Persecución contra personas.
- b) Ruinas de iglesias, estatuas, etcétera
- c) Estadísticas, casos concretos.
- d) Legislación y Gobierno rojo.

SECCION TERCERA.—**El Movimiento Nacional en el extranjero.**

- a) Campañas por uno y otro bando
- b) Calumnias y falsedades.
- c) El sentir de los católicos.
- d) Colectas pro iglesias derruidas, etcétera.

SECCION CUARTA.—**Documental.**

SECCION QUINTA.—**Bibliografía sobre el Movimiento Nacional.**



DE REBUS HISPANIAE

BOLETIN DE INFORMACION CATOLICA INTERNACIONAL

(PARA USO EXCLUSIVO DE PUBLICACIONES PERIÓDICAS)

Número 12

Burgos 15 de noviembre de 1938

III Año Triunfal.

SUMARIO

El Gobierno legítimo de España y la beligerancia. T. RODRIGUEZ.—
La fe vive en España de Franco. A. CARRION.—El culto público en la
España roja. C. BAYLE.—Espíritu religioso en la «Fiesta del Caudi-
llo. A. CASTRO ALBARRAN.—Impresiones de España. G. SAUVE.—Labor
espiritual en los campos de concentración. J. M. ARNAU.—Documen-
tos: Testamento de José Antonio Primo de Rivera.—Bibliografía.

El Gobierno legítimo de España y la beligerancia

¡Cuante se ha hablado, se ha divagado y se ha fanteseado en esta cuestión y cuantos confusionismos, embrollós, errores y hasta falsedades se han dicho y escrito sobre el particular! Y es el caso que de tales errores y embrollós, han sido víctimas hasta buena parte de las derechas. ¡Efectos de la funesta superficialidad moderna que es hábilmente aprovechada para sus fines nada honestos, por el espíritu de la mentira, que se ha apoderado de la sociedad presente! Hoy se introducen en los entendimientos las ideas, no por la fuerza del rociocinio, sino del martillo de la repetición que es en su innoble sustituto. Como los clavos en la madera en algunos ca-

sos penetran al primer golpe, en otros al segundo o al tercero o al centésimo, pero al fin penetran, es cosa de la perseverancia en el golpe, así son pocos los entendimientos que se resisten a esa indigna perforación mental: son escasos los entendimientos, que, como el diamante no sólo no se dejan perforar, sino que ni rayar. De ahí que no haya hoy idea tan *disparatada y absurda*, que no sea recibida por esta sociedad frívola y alocada.

Era por los años 1931, presidía el Gobierno un general-político que presumía tener por misión deshacer la obra del insigne y bondadoso D. Miguel Primo de Rivera; ocupaba la cartera de Goberna-

ción un conocido escritor, el cual, según nos dice Mola, leía con mucho interés las novelas y, como todos sabemos, escribía bonitos artículos periodísticos; pero que no se ocupaba de los revolucionarios rusos que entraban y salían en España, como entra y sale un vecino en su propia vivienda, ni de las andanzas y manejos de las izquierdas españolas que a la luz del día montaban su máquina electoral; los demás ministros en esta materia se entregaban plenamente en manos del Presidente y del de Gobernación, los cuales, dejaban correr las cosas tranquilamente, como si el mar político fuese una arcadía.

En estas circunstancias llegó la ficción de las elecciones municipales, solícita y hábilmente preparadas, por las oposiciones y abandonadas, contra lo acostumbrado, con beatífica inconsciencia por el Gobierno; y a pesar de todo, salieron, si no me es infiel la memoria, cuatro quintas partes de monárquicos, es decir, que, si tales elecciones hubieran sido un plebiscito, que no lo fueron ni podían serlo por tratarse de elecciones administrativas no políticas, para resolver acerca de sí las Instituciones españolas habían de ser monárquicas o republicanas, la monarquía hubiese triunfado sobre la república de manera clara y terminante por haber obtenido el 80 por 100 del sufragio, mientras la república no había pasado del 20 por 100.

Estos son los hechos reales escuetos, que para nada habría que recordar ni necesitarían de comentarios, pues son suficientemente elocuentes, sino fuera por lo ocurrido en virtud de ellos que es algo monstruoso e incomprensible, sobre todo para los extranjeros que no conozcan la audacia sin límites ni pudor de las izquierdas españolas ni la indolencia y conformismo insensatos también sin límites ni pudor de las derechas de aquellos tiempos y de aquel ambiente adormecedor, por fortuna ya pasados. Imposible parece que la España que hoy, año 38, se bate bajo la dirección de Franco, derrochando sangre, valor y gallardía, sea la misma que el año 31 sufrió con inconsciencia y resignación borreguil la imposición injusta y brutal de una minoría desenfrenada manejada por poderes extranjeros, ya manifiestos ya ocultos, pero la bochornosa realidad es esa y a ella hemos de atenernos.

¿Puede concebirse que unas elecciones ordinarias municipales, y por añadidura perdidas en la forma antedicha, sean motivo y apoyo para exigir el cambio de las Instituciones, sustituyendo las triunfadoras que eran seculares y de gloriosa historia por las derrotadas advenedizas y de infausta memoria? Realmente esto es algo que rebasa los límites de lo comprensible; y, sin embargo, esa exigencia se formula con audacia máxima por las izquierdas, y lo que es todavía más asombroso, los gobernantes se acobardaron ante las amenazas de los antimonárquicos y el temor a la *guerra civil* y *para evitar mayores males* (he aquí el parapeto de todas las claudicaciones), cometieron la imprudencia de entregarse en manos de los revolucionarios, que es el mayor y la fuente de todos los males que podían sobrevenir y que vinieron de hecho, como la experiencia nos ha demostrado, con brutal elocuencia.

He aquí el bastardo origen de la segunda república española y de todos los gobiernos que en ella han existido; la audacia violenta y amenazadora de los antimonárquicos, derrotados en las urnas municipales y la incomprensión y timidez egoísta de unos gobernantes atolondrados y meticulosos. ¿Pueden por sí mismos semejantes actos antijurídicos ser fuente pura de legitimidad en los supremos Poderes de una nación? Ello sería tanto como asignar al robo la cualidad de fuente legítima del derecho de propiedad.

Pero ¿cómo, dirá alguno, los autores del insólito atropello se atrevieron a pedir el Poder en tales circunstancias? ¿Qué razones alegaban para su desatinada exigencia? ¡Cuán cierto es que cuando un individuo se precipita por una pendiente no se detiene hasta caer en el abismo! A los izquierdistas tan hábiles en vestir muñecos para la escena, no se les ocurrió otra cosa, sino acudir al vulgar desatino, reñido con las esencias del sistema democrático, por ellos propalado, de establecer categorías y clases en los votos; lo cual no deja de ser bien peregrino en quienes enarbolan la bandera de la igualdad absoluta, aun en las cosas que la naturaleza hizo desiguales y la razón pide que así sean. No obstante la teoría por ellos sustentada de «un hombre un voto» y la abolición de toda distinción y privilegio pretendían que en la práctica hubiese individuos que tuviesen el privilegio de que su voto tuviese más valor que el de cuatro de sus camaradas. ¡Y mientras tanto Rousseau, descansando en la tumba sin levantarse a protestar contra los farsantes que así mixtificaban la base de su sistema político! Clamaban estos histriones siniestros de la política que, aunque era cierto que los monárquicos habían sacado mucho mayor número de votos que ellos, pero, en cambio, los republicanos habían obtenido los de las grandes poblaciones: lo cual o no es decir nada, o significa que los habitantes de unas poblaciones gocen del excepcional privilegio de que el voto de cada uno de ellos, sin excluir los que golfean por las calles y los que, si salen de una taberna, es para entrar en otra..., vale por media docena de los de las poblaciones menores y de pueblos, puesto que sólo en este supuesto habían triunfado en las elecciones; y efectivamente multiplicando por seis los votos de los antimonárquicos el triunfo hubiese sido indiscutible.

Prescindamos ahora de lo caprichoso, absurdo y antidemocrático de dar valor distinto a los votos, ya que sería imposible justipreciar en cada caso la cantidad de *reflexión, conocimiento e independencia* poseídos por el votante, puesto que esa debe ser la balanza en que se aprecie el peso del sufragio; y concretarnos a lo de que los votos de las grandes poblaciones, donde existen numerosas organizaciones obreras, patronales, de empleados públicos, de privados... tienen mucho más valor que los de las poblaciones pequeñas y aldeas. Yo soy de los que no tienen la menor fe en las votaciones, porque en la mayoría de los casos son pura farándula, están amañadas entre bastidores por los desahogados, a veces verdaderos criminales, y, además, suele faltar en ellas alguna de las condiciones o todas que

estimo son esenciales para su honestidad, a saber, *ciencia, conciencia e independencia*. Asimismo estimo desatinado lo de «un hombre un voto» lo cual es suponer que todos los hombres tienen las mismas cualidades intelectuales, morales y sociales de ciencia conciencia e independencia para reconocer cuestiones delicadas, como son las que afectan al gobierno de los pueblos y a la determinación de las personas de mejores condiciones para dirigentes. Mas esto exige de necesidad absoluta el régimen democrático y la teoría rusioniana de la voluntad general, que es la base de la democracia.

De ahí que el establecer distinciones entre unos y otros votos, dando más valor a los de estas camaradas que a los de aquellos otros, precisamente por los mismos representantes, organizadores y propagandistas de la doctrina de Rousseau, es un colmo de desenfado o, si se quiere, de cinismo esa teoría de los izquierdistas. Pero hay más; su valorización se hace al revés y en contra de las indicaciones del autor del sistema, como puede verse en su libro *El Contrato Social*. Para Rousseau, y en ello tiene plena razón, los individuos que se hallan agrupados, se ven moralmente obligados a votar los individuos designados por la mayoría o por una minoría audaz que se impone violentamente. Por lo cual puede decirse con verdad que el número de votos real, no es el de todos los asociados, sino sólo el de los que constituyen la directiva y determina los candidatos que todos han de votar.

Concretemos, por vía de ejemplo, el caso a Madrid. Supongamos que los asociados en la Casa del Pueblo eran doscientos mil individuos y que los que intervienen en la designación de los candidatos son mil; pues bien, los ciento noventa y nueve mil restantes se hallan moralmente coaccionados a votar la candidatura, porque, no hacerlo uno cualquiera, supone quedarse sin trabajo y ser perseguido y acosado como una fiera por ordenamiento de la Junta de la Asociación.

Aunque en menor grado por la diferencia de medios de coacción, sucede lo propio con las asociaciones patronales, si presentan candidatura. Es decir, en las grandes poblaciones es donde existen más medios y en más grande escala para bastardear el sufragio por medio de la coacción moral y en muchos casos hasta material, por lo tanto es donde la votación tiene menor valor, en orden al conocimiento de la verdadera voluntad del pueblo. Por eso nos asombró ver a todos los portaestandartes y capitostes de la democracia rusioniana y bullanguera invocar el mayor valor del sufragio de las grandes poblaciones para cometer el más insólito de los atropellos políticos conocidos de cambiar las Instituciones históricas de un país en virtud de unas elecciones municipales que poseen carácter administrativo y por añadidura habiéndolas perdido.

Decir esto no significa que tengamos fe alguna en las elecciones sean municipales, provinciales o

generales como medio de averiguar la voluntad nacional, pues en todas ellas, por regla general, imperan los *amaños* más o menos escandalosos, sino que lo escribimos para mostrar el proceder impudoroso y cínico de quienes se pasan la vida entonando himnos a la democracia, para luego, al descender a la práctica, barrenarla escandalosamente en su misma esencia y deducir en su consecuencia que ni para los demócratas ni para los antidemócratas el cambio de Instituciones españolas fué legal, y que por lo tanto, todos los gobiernos que se han sucedido a partir de esa ilegalidad fundamental son absolutamente ilegítimos.

De donde resulta que el reconocer la Sociedad de Naciones el llamado Gobierno de Valencia y negarse a reconocer el de Franco, que tiene ya más de tres cuartas partes del territorio nacional y gobierna de hecho en él y en plena normalidad, mientras aquél, a pesar de sus procedimientos tiránicos, se halla en completo desorden y se ve precisado a ser testaferrero responsable, con aprobación en unos casos y a disgusto en otros, de la serie interminable de los mayores y más repugnantes crímenes, realizados por las partidas de bandoleros y hordas selváticas, que armados pululaban por las calles de las poblaciones, en los frentes y en la retaguardia, que llevan por donde van el estrago, la desolación y el terror..., es un procedimiento tortuoso y antilegal que resulta incomprensible pueda seguirse por naciones, conscientes de su dignidad y responsabilidad

Y como ha llegado el momento de hablar con claridad y sinceridad, por exigirlo así la salud de la Patria, terminamos este trabajito haciendo constar que no carecen de responsabilidad, quienes consciente o inconscientemente y con la mayor buena fe, dieron por legítimas unas Instituciones y unos gobiernos, nacidos de la violencia y la ilegalidad, los cuales han seguido viviendo amparados por los poderes internacionales y por la prudencia de la carne de unos, la cobardía egoísta de otros y la inconsciencia de algunos, hasta que surgió el salvador Movimiento Nacional potente y glorioso, que con pleno derecho y abnegación digna de todo elogio, ha venido a instaurar la vida jurídica que nos legó la tradición, limpiando a España de los anti-españoles que viven dentro o fuera de ella y de los criminales que, después de haberla saqueado y anegado en sangre inocente (es más doloroso y a la vez injusto la muerte de un solo inocente que la de mil criminales), ahora se dedican a deshonorarla en el extranjero, por medio de las calumnias que hacen circular, pagando el infernal servicio con el criminal despojo del tesoro económico y artístico nacional.

En suma, el gobierno de Valencia es ilegítimo por todos conceptos y Franco es hoy el representante de España y lo menos que pueden hacer las naciones es *reconocerle* el derecho de beligerancia, que en justicia posee.

P. TEODORO RODRIGUEZ
Agustino

La Fe

vive en España de Franco

En el número 6 del Boletín dije las razones por las que me sonaban a huérfanos y parecían dolosas y maquiavélicas la tolerancia religiosa y libertad de conciencia brindadas por Negrín en los 13 puntos, que servían de directriz y apoyo políticos a su gobierno. Desgraciadamente para los católicos el diagnóstico resultó verdadero. Manuel Irujo, ex ministro vasco-separatista, de esta guisa recriminó al Presidente del Gobierno en la primera sesión de las Cortes rojas, convocadas a principio de octubre: «El primer derecho individual es de conciencia y yo digo al señor presidente que ya es hora de que los católicos, que queremos cumplir con los preceptos religiosos, no tengamos que hacerlo en capillas privadas». (*El Diluvio*, 1-X-38). Tres días después el mismo periódico se desbocó en acres censuras, durísimas invectivas y claras amenazas contra Irujo y la jerarquía eclesiástica vasco-separatista por lo que pretendían y lo que denunciaban.

Frente a esta torva, contumaz y enconada enemiga del catolicismo, quienes visitaren la España, acaudillada por Franco, comprobarán que por leyes eficaces y óptimos ejemplos el Gobierno Nacional destruye y aventa los obstáculos puestos y mantenidos por la República contra la vida religiosa de los españoles. La legislación laica, antirreligiosa, atea, ha sido descepada de raíz, como repetidas veces se ha demostrado en nuestras páginas. Vengan a confirmarlo unos datos: en todos los centros docentes y en los tribunales de justicia preside el Crucifijo, ante cuya Imagen y sobre los evangelios juran el cargo los gobernantes, los magistrados, los jueces, los académicos...; se enseña el catecismo en las escuelas y en las Normales de maestros e Institutos de Enseñanza Media figura la asignatura obligatoria y cíclica de la Religión. «Todas nuestras universidades serán católicas con una enseñanza superior religiosa de carácter filosófico», definió rotundo el Jefe del Estado.

En España, redimida del judaísmo, masonería y bolcheviquismo, asiste a los católicos libertad omnimoda para confesar y practicar sus creencias reli-

gias y al compás que se cercenan, con muy buen acuerdo, algunas pomposidades y estruendos exteriores del culto, crecen las manifestaciones de la vida interior sobrenatural, la cual, como la natural, se define por el dinamismo ab intrínseco.

Día tras día se suceden las jornadas espirituales de oración y penitencia demandando al Señor y a su Madre Santísima la paz victoriosa con el triunfo pleno de la causa de Dios y de España tradicional. Recorriendo a pie y por entre calores estivales, lluvia y granizo, decenas de kilómetros los pueblos aragoneses liberados afluyen en devota peregrinación a la Pilarica, ante cuya veneranda imagen se postraron, llevando sus trajes de presidiarios, los presos derechistas libertados en Alcañiz y, como apenas se tenían en pie, las autoridades militares, conmovidas y caritativas, les ayudaron a subir a los camiones.

El Ministro del Interior asistió rosario en mano —y al final comulgó— al Rosario de la Aurora, rezado por las callés zaragozanas a las cinco de la mañana en la fiesta del Pilar, a cuya imagen donó riquísimo y simbólico manto, suplicándola en el acto de la entrega, en ferviente y pública oración, en tre otras gracias, que «vuelvan los hombres su mirada a Dios; sean honrados y no prediquen la iniquidad... Pon luz en nuestros juicios y en nuestras intenciones. Libranos de cometer injusticia y todavía más de producirla. Haz que sea fecunda la sangre de nuestros hermanos caídos por la Patria, y que sirva sólo a la gran causa de la salvación del destino y de la Historia de España; a la salvación de los valores espirituales, aunque la empresa exija el sacrificio total o parcial de los materiales». 12.000 personas asistieron al Rosario de la Aurora, 30.000 al de la tarde y unas 100.000 se agolpaban en el trayecto y aclamaban a la Virgen del Pilar: «Tú a la victoria nos llevarás»... La Guardia Civil festejó fervorosamente la festividad de su Patrona, la Virgen del Pilar, ante cuyas imágenes montó la guardia la víspera y el día de la fiesta.

El Ministro de Justicia, al restaurar (27-IX-38) el

disuelto cuerpo de Capellanes de prisiones, puso por motivo: «Su misión, si en todo tiempo representa un valioso factor de moralización del delincuente, ahora, ante las circunstancias nacionales, alcanza mayor transcendencia y requiere, por lo mismo, el más extremado celo sacerdotal en su desempeño.» Y puso este apostolado bajo la dirección y patronato de los Obispos respectivos.

En los campamentos de prisioneros de guerra hay culto, predicación y la Juventud de Acción Católica ejerce de lleno su cometido evangelizador, lo mismo que en las unidades combatientes de tierra, mar y aire, con el Visto Bueno, estímulo y asistencia de los jefes.

En las solemnidades patrióticas y conmemoración de aniversarios de la liberación suenan siempre las primeras las notas espirituales: bendición de banderas, estrellas y galones; misa, Te Deum; bendición de la mesa y acción de gracias antes y después de los banquetes oficiales; responsos por los caídos; juramento de la bandera, que toma el Obispo o un sacerdote... En el II aniversario de la exaltación de Franco a la Jefatura del Estado y en el día de su Santo, aparte de lo apuntado, en los hospitales, por ejemplo, heridos, médicos y enfermeras por su libérrimo y espontáneo deseo oyeron misa, comulgaron y rezaron por el Caudillo. El 4 de octubre, en que también cumplía años doña Carmen Polo de Franco, el matrimonio lo celebró en religioso recogimiento, dedicando sus actos de piedad a dar gracias a Dios por los favores recibidos, pedir auxilios divinos y rogar por los combatientes, gobernantes y el feliz destino de la Patria.

Dos enfermeras conducían a un mutilado de ambos brazos y ciego al templo del Pilar; una de las enfermeras, tomando agua bendita, santiguó al caballero mutilado, que cayó de rodillas ante la Pilarica y rezó con un fervor, que trascendió a todos los presentes.

Fr. Celestino Díez, dominico, rindió su vida por Dios y por España en el frente de Segovia el 3 de mayo del 37. En una de sus cartas dice: «El domingo había un herido allí, que no se podía levantar; pidió que le pusieran frente al altar y para que viera pidió que le sostuvieran en alto la cabeza y las espaldas; me ofrecí y me tocó esa dicha. ¡Con qué fe rezaba! Y cuando el Padre nos explicaba el evangelio, haciendo una aplicación a la España actual, le vi conmoverse y me conmovió. «Así se reza en el frente», dije para mí; mientras tanto, en el aire los cazas luchaban furiosos.»

El Viernes Santo a las tres de la tarde alcanzaron nuestros soldados el Mediterráneo, en cuyas aguas el general Camilo Alonso Vega mojó los dedos, se santiguó ante la bandera nacional, con crespones negros por la muerte del Redentor, y dijo a los soldados victoriosos: «Bendigamos a Dios por este gran favor que nos ha concedido en día tan señalado.»

Al terminar la primera misa que se celebró en Morella, tras la reconquista, muchas madres rogaron al capellán que bautizara a sus hijos, nacidos bajo la dominación roja. Durante la ceremonia las tropas presentaron armas.

La comunión diaria en las trincheras de primera

línea hace crecer con el gozo el corazón católico. El capellán va trinchera adelante; el soldado, que quiere comulgar, deja el fusil, se descubre, se arrodilla, recibe a Cristo Sacramentado y... a vigilar al enemigo, que suele estar disparando. Y esos soldados han montado la centinela toda la noche.

En esa «tierra de nadie», la que media entre las trincheras de ambos lados, una pareja de soldados-escuchas tropieza con un montoncito de tierra sobre el que se levanta una cruz.

—Recemos un Padrenuestro por el muerto, que es de los nuestros—dice uno.

—¿En qué lo conoces?—indaga el otro.

—En que le han puesto una cruz sobre la sepultura; los rojos clavan una estaca.

¿En qué ejército en campaña reina costumbre como esta de que son tenaces observantes los Tercios de Navarra? Dominado un pueblo, todos los militares se arrodillan y dan gracias a Dios por la victoria concedida. Tras esto: «Por los que acaban de caer por Dios y por España: Padrenuestro...» Y dice bien el capitán Alonso, uno de los jefes más diestros en estas brigadas incansable en pelear: «Esto emociona y llega al alma»: Otro capitán de las mismas brigadas, así termina el relato de la campaña desde Irún hasta Asturias: «Para los caídos en esta gloriosa campaña de 15 meses, a la que la crítica militar dedicará páginas de oro; para los que murieron por la causa de España, que es la causa de todos, una oración. Para que los caídos en ella por Dios y por España ocupen un lugar señalado a la diestra de Dios Padre: Padre nuestro, que estás en los cielos...»

Una madrina de guerra con estas palabras y propósitos sobrenaturaliza con esencia de caridad cristiana la filantropía: «Muy gran honor es para mí ser madrina de guerra de un valiente e invencible guerrero, que es *un alma de Dios*... Por el momento haré lo que me dicta el corazón: pedir mucho por ti. Primero y principal porque sigas tan unido a Dios y sea, por encima de todo, tu vida interior la de siempre, sin que nada de cuanto te rodea pueda hacerte salir de ella. En los ratos que esté a las puertas del Sagrario, fácil me será pronunciar tu nombre y como El te conoce y quiere bien, sabrá lo que necesitas y te lo dará.»

Un voluntario narra a su familia el siguiente caso, acaecido en la toma de San Marcial: «Viendo el teniente coronel Beorlegui mejor que nosotros el peligro que corríamos, mandó a un capellán que nos diese la absolución, que la recibimos todos de rodillas, y nos gritó con una voz que atronaba los espacios: «Requetés, de Dios dependen nuestras vidas. Habéis salido voluntarios a defender su Religión y a defender a España. ¡Muchachos: Por Dios y por la Patria a vencer o morir! ¡Adelante!» No fué menester más; a pecho descubierto y como leones nos lanzamos.»

«Mi capitán, este es el tercero de mis hijos muertos por Dios y por España. En el frente me quedan aún dos. A la orden de usted, mi capitán.» Eso decía un anciano que en retaguardia y fusil al hombro velaba el cadáver de un requeté. Y el capitán, arrojado por las lágrimas el rostro curtido en los com-

bates, abrazó al centinela, rezó por el muerto y besó su frente. ¡No se puede con estos soldados de Franco: impávidos ante la metralla, ternechos ante los héroes caídos, cuidadosos de su eterno descanso y admiradores de los corazones nobles y magnánimos.

En el hospital de Grignón una enfermera trata de inyectar morfina a un herido, cuyos dolores eran intolerables, y con voz y voluntad de mártir blandamente la rechaza con estas palabras: «No. Quiero morir sufriendo para imitar a Jesús en la cruz.»

¿Cómo te llamabas tú, soldado de mi Patria, aparecido muerto en una posición del frente de Santander; un crucifijo sobre el pecho, el rosario arrollado en la muñeca derecha y aprisionadas con los dedos yertos las páginas del devocionario que tenían la recomendación del alma?...

Por todo lo susoescrito pudo, con toda verdad y justicia, decir el Arzobispo de Burgos al Caudillo el 1 de Octubre de 1938: «En nombre de la Iglesia de España es nuestro deber y nuestro deseo expresar, Señor, el reconocimiento agradecido de los fieles católicos por cuanto por la espada, del cruzado y las leyes del estadista cristiano habéis hecho en pró y acrecentamiento de la Fe. En el momento en que la locura demoniaca parecía empeñada en perder a España, surgís, Señor, por designio providencial para hacer posible la salvación de las almas, que sólo en Cristo se puede encontrar. Ningún hombre de Estado pugnó tanto en la época contemporánea para que la Iglesia pudiera cumplir su divina misión. Así, por vuestra obra, que tiene seguridad en los principios, rectitud inquebrantable en la Justicia y cristiana emoción en la Caridad, esta vieja tierra católica, hoy pródiga en héroes, puede volver a ser, como en sus mejores días, ganfalonera imperial de Cristo y ejemplo ardiente para todas las naciones.»

«Como Jefe del Estado devuelvo su salud a la Iglesia católica, con la conciencia de haber servido en esta guerra a la causa del espíritu, que más que nadie Ella representa», respondió el Generalísimo, quien horas más tarde decía por radio al Orbe: «Al consagrarme al servicio de España en este puesto,

juré no descansar hasta hacer realidad el sueño de nuestras juventudes y el anhelo de tantos españoles: crear la España Una, Grande y Libre... Unidad de España, forjada al calor de la Fe por el esfuerzo de nuestros Reyes y de nuestros más gloriosos capitanes... España grande en sus tierras y en su espíritu; en sus empresas y en sus concepciones; imperial y colonizadora; de reyes sabios y misioneros santos; de grandes capitanes y de heroicos soldados; emulada hoy por el martirio de nuestros santos religiosos, por el sacrificio de tanta vida noble y por el heroísmo de nuestros generosos combatientes... España libre, celosa de su independencia, que sin contar los días, ni los años, ni los tiempos, ni los sufrimientos, combatió antaño, como hoy, como mañana, como siempre, por su dignidad de pueblo libre, que ayer luchaba por extender su Fe y hoy lucha por defenderla con heroísmo inigualado... España libre de bastardía y de traición, de logias y de internacionalismos...

«Yo espero en este día, con la protección del cielo y el esfuerzo de nuestras armas, que también para nosotros llegará pronto el día de la paz victoriosa. Esta doctrina nacional no es caprichosa. Otras veces dije que es la esencia de nuestras tradiciones, el sentido espiritual de nuestra Historia y la concepción católica de la reforma social, que anida en el corazón de toda nuestra España.

«Pido a Dios claridad de pensamiento y fortaleza de brazo para poder gobernar con equidad y espíritu de servicio, en el que mi gobierno está dispuesto a secundarme, dar cumplimiento a la revolución que España tiene pendiente y que mi Movimiento encarna, y llevar a la Patria a las cumbres del poderío, que mis ejércitos están dispuestos a mantener.»

Quienes se interesan de veras en salvar los auténticos valores religiosos, culturales y sociales no tendrán empacho en rogar por Francisco Franco: *Dominus conservet eum et vivificet eum et beatum faciat cum in terra et non tradat eum in animam inimicorum ejus. Amen.*

FR. ANTONIO CARRION, O. P.

«Las Pastorales del Cardenal de Toledo, henchidas de prudencia, sensatez y de bondad, deben bastar a que abran los ojos las almas sinceros del mundo entero, y a ganarlas para vuestra causa. Es verdad que en Francia algunos engañados por las calumnias y mentiras, sembradas a voleo, han mostrado un recelo excesivo; mas estad seguros de que la masa de católicos y de las gentes honradas aguarda impaciente el día en que los sublimes defensores de la Religión y de la Patria sean dueños solos y seguros del territorio nacional.»

P. A. JANVIER, O. P.

(Carta al director de «La Ciencia Tomista».)

El culto público en la España roja

Hace tres semanas Barcelona presenció un espectáculo nuevo: por la rambla de Cataluña desfilaba un entierro y delante del coche fúnebre la Cruz alzada y un preste de capa pluvial. Detrás, una comitiva de personajes, los que menos podían suponerse al lado de la Cruz, a no ser que se les aplique el refrán, «detrás de la Cruz está el diablo»; ministros de la República; representantes del Presidente de la Generalidad y de los partidos del Frente Popular ateo, etc. La muchedumbre se apiñaba en las aceras, admirados unos, recelosos otros, ceñudos los de más allá. Era un alarde de religión y de tolerancia en la Barcelona testigo de tantos y tamaños sacrilegios: la primera vez que se veía una Cruz, escoltada por personajes que así la habían perseguido; la primera vez que resonaban los cánticos de la Iglesia en la España roja; la primera, o la segunda; porque allá en tierras de Murcia se oyeron otro día; cuando, al llevar a la ejecución a un sacerdote, él propio se fué cantando el Miserere al lugar del asesinato.

Tratábase del entierro de un capitán de milicias, el vasco Eguía Sagarduy, caído en el frente; tratábase de honrar su enterramiento católico; y acudieron los suyos, los vascos separatistas, y sus aliados del Frente Popular. No todos: porque a alguno pareció demasiada tolerancia aquella, demasiada dejación de los principios y conquistas revolucionarias, y se negaron a asistir. «El Día Gráfico» (21 de octubre) hubo de protestar contra los exagerados.

«Es de suponer que se va extinguiendo la raza de los anticlericales rabiosos, aunque su rabia fuera inofensiva y sólo atentara casi siempre al buen gusto y a la corrección, cuando participaban en actos de promiscuidad y hacían méritos con discursos tremebundos para ser incluidos en la lista de aspirantes a concejal... Pero ahora pudiera ocurrir a unos en extremismos incompatibles con su moderación habitual y a otros en ausencias injustificadas y reveladoras de una prudencia excesiva...

«Asistir al entierro católico de los que, profesando esta religión, son, además combatientes que han luchado heroicamente por la independencia de España, constituye para los hombres representativos de todos los partidos y de todas las ideas que coinciden en defender la libertad de todos los pueblos españoles, un deber que no menoscaba en absoluto

la firmeza de sus convicciones, antes bien la acrecienta. Porque ya es hora de que no se confunda la tolerancia con el abandono de las propias creencias... Así fué posible que, manteniendo cada uno de ellos su doctrina, coincidieran en el acto del entierro del héroe vasco Eguía Sagarduy hombres de opuestos partidos políticos y convicciones religiosas y filosóficas, y que hicieran acto de presencia, presidiendo el duelo, como homenaje al sacrificio de un patriota, el Gobierno de la República, representado por los señores Alvarez del Vayo, Gómez Sáiz y Tomás Bilbao.

«Los inasistentes al acto, algunos de los cuales, por su convivencia nacionalista con el partido a que estaba afiliado el Capitán Eguía Sagarduy, no tenían el más leve motivo para excusar su presencia en el entierro, sin que los sirva de pretexto que antecedería el coche fúnebre un sacerdote revestido con capa pluvial y Cruz Alzada; desde el momento que lo mismo ahora que antes y que mañana la vía pública es de todos los ciudadanos, y en ella pueden y deben manifestarse todas las opiniones, a condición de que no perturben el orden, si no bastara la afirmación de respeto a todas las creencias consignada en los trece puntos del Gobierno de la Unión Nacional.»

Dejemos ahora las afirmaciones del periódico marxista, predicador de la libertad de conciencia y de cultos. Resulta archiingenuo, por no decir descaradamente embustero, decir, después de dos años de salvajadas, de ríos de sangre y de montones de ruinas en todas las iglesias de Cataluña y de España, que los desahogos anticlericales se han reducido a promiscuar, esto es, a comer carne y pescado los días de abstinencia: eso allá para los años que precedieron a la República: hoy aquellos alardes parecen travesuras de niños mal criados. Lo importante está en asegurar que se acabaron los días de intransigencia: que las promesas de Negrín sobre el respeto a las conciencias se cumplían: que, «lo mismo ahora que antes y que mañana la vía pública es de todos los ciudadanos, y en ella se pueden manifestar todas las opiniones, a condición de no perturbar el orden».

En esa libertad, dada por hecho, han querido insistir los gobernantes y dirigentes de Barcelona;

acaso comenzaron por tributar homenaje al combatiente caído; pero después, si no antes, se dieron cuenta del partido que podían sacar de aquel entiero desusado. Y el telégrafo y la fotografía lo llevaron a la prensa extranjera. Quizás también el dinero para sostener el reclamo. *La Croix*, vr. gr. (27 de octubre) trae la reseña, con la ilustración gráfica (la misma que *La Voz de Madrid*) en la última página, entre los anuncios. Por los ojos de los lectores entra que en Barcelona, en sus calles más céntricas, se alza la Cruz, y los sacerdotes van seguros, no sólo de sotana, sino con ornamentos; la libertad de culto es realidad, y quienes lo niegan calumnian al Gobierno legítimo.

Es tesis de los periódicos marxistas extranjeros más que de los españoles—digo, los publicados acá de los Pirineos en la zona republicana; porque les interesa borrar la sensación de horrible tiranía que suponen dos años largos de esclavitud para el sentir católico de millones de españoles. Por ejemplo *Axes* de París (núm. 5, 1938) escribe: «*La Croix* (¡siempre hemos de tropezar con ella!) publica una sensacional correspondencia de Barcelona, que echa por el suelo las alharacas de la prensa sensata sobre la persecución terrible a que están sometidos los sacerdotes y creyentes españoles. El corresponsal asegura con su firma que «han sido puestos en libertad los sacerdotes encarcelados en la España gubernamental» y que «la santa misa se celebra a la luz del día en todas las iglesias».

Hasta aquí la cita que nos da *Axes* de *La Croix*, cuyo original no he visto. El periódico añade por su cuenta hechos para demostrar que es calumnia cuanto se dice de la persecución religiosa: «La señorita Fouchère nos ofrece otra revelación capital: *La Unión democrática*, fundada en 1931 sobre las bases falangistas (colaboración de las clases en la fraternidad cristiana), siguiendo las huellas del partido nacionalista vasco, ha reconocido el Gobierno legítimo de la Generalidad y el Control establecido en Barcelona.—Este, conforme a las teorías de un liberalismo amplio, no sólo ha autorizado el ejercicio del culto, sino la apertura de nuevas iglesias o de capillas privadas.— Los 3.000 sacerdotes que moran actualmente en Cataluña celebran cada día la misa con toda libertad... ¡Paradójica Barcelona, donde los curas se pasean de sotana, y las familias se convidan a misa, como antes se convidaban a almorzar!»

¿Qué hay de verdad en todo ello?

Empecemos por un poco de historia:

Las brutalidades sanguinarias contra Dios y sus representaciones—sacerdotes, religiosos, templos—escandalizó al mundo: al católico y al democrático, aunque fuese protestante o racionalista: los emisarios del gobierno legítimo hallaban en todas partes miradas recelosas, despectivas. Había, pues, que frenar en la loca carrera, por instinto de conservación. Y para no escamar la piedad de los separatistas vascos. En nombre de ellos y de los católicos españoles, allá por Octubre de 1936 el ministro Irujo negoció que se abriese en Madrid una iglesia. Se contentaba con bien poco: una sola iglesia en una

sola ciudad para un millón de habitantes; los demás españoles, que aguardasen. No se lo concedieron, y se resignó en bien de la unión con el Frente Popular marxista.

Pero la espina de la libertad de culto no dejaba de escocer: intrigó a la duquesa de Atholl en su primera visita a la España roja; se prometió a la Delegación mixta de iglesias yanquis, que vino a Vizcaya a raíz de lo de Guernica; abogó por ella el comunista Thorez, en público mitin. Azaña (discurso de 14 de abril de 1937) declaró que la república respetaría todos los cultos y sus manifestaciones, una vez terminara la guerra. Negrín repitió lo mismo en declaraciones a *L'Independant* y más solemnemente en sus trece puntos, quintaesencia de su programa político. Al Mayor Attlee ya se le señalaron fechas fijas: los templos se abrirían escalonadamente: dos por semana (*Times*, 10 de febrero de 1938).

Por falta de propósitos verbales, no ha quedado.

Su realización es la que flaquea. Los únicos actos públicos de religión que se registran durante dos años y tres meses, son: la misa que se propaló haberse dicho en Madrid (iglesia de San Ginés, 27 de junio 1937) cuando el Congreso de los intelectuales católicos antifascistas, amañado por Ossorio Gallardo y José Bergamín, aunque el *Times* (10 febrero 1938) niega que se celebrara: otra en Valencia (7 de agosto del 37) en el comedor de la Delegación vasca: ¡La misa que una radio roja comunicó haber celebrado un miliciano de uniforme, en presencia de todo el Gobierno!

Culto público, no ha habido otro hasta el entiero que atravesó las calles de Barcelona.

Irujo, Ministro de Justicia, intentó aprovechar su cargo para restablecerlo: a este fin expidió dos Circulares: una ordenando no se molestase a los sacerdotes sorprendidos en el ejercicio *privado* de su ministerio, ya que ninguna ley lo vedaba; no se le hizo caso mayor. Otra (27 de octubre) disponiendo se le enviase relación del estado en que quedaban templos y bienes religiosos, «desafectados en su inmensa mayoría, en virtud de la actitud hostil al Gobierno legítimo adoptada por una gran parte de los dignatarios de la Iglesia», de los cuales bienes es el Estado «el único gestor legítimo». Mal suenan esas frases en boca de un católico; pero sigamos. El 7 de agosto logra otro decreto que autoriza el culto público; pero de abrir iglesias nada. Únicamente, como favor especial a los vascos, no a los católicos, se abre la capilla semipública del antiguo *Foment de Pietat*, capilla en el interior del edificio, donde se dice misa por vascos y para vascos. Ese paso lo creyeron algunos decisivo; en el remedo de Cortes que se celebró en Montserrat, 1 de febrero del 38, el diputado Jauregui felicitó al Gobierno por el restablecimiento del culto en Barcelona, y pidió se extendiera a todo el territorio *leal*.

Pasan meses: Irujo sale del Ministerio, y en las Cortes (llamémoslas así), el 30 de septiembre explica el porqué de su dimisión y otras quejas:

«Se ha tratado aquí de política liberal, de garantía de los derechos individuales; el primer derecho

individual es el de la conciencia, es el de libertad de conciencia y de culto; estamos en un templo erigido por la religión cristiana, por la religión católica. Yo, que además de liberal y demócrata, soy ferviente religioso, soy cristiano y católico, siento tener que decir al Gobierno de la República que ya es tiempo de que los cristianos, de que los católicos, podamos tener una iglesia abierta. Lo he pedido muchas veces siendo ministro; no trato de entrar ahora en discusión de dónde ni cómo; pero yo invito a los ministros y a cuantos diputados me escuchan a que recorran Europa y vean cual es la preocupación de las gentes, que, sabiendo que nosotros luchamos por una república democrática, no aciertan a comprender cómo, al año y medio o a los dos años de haber dominado todas las impurezas de la realidad de la calle, y de estar en poder del Gobierno todos los resortes, según frase que acabamos de oír al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, todavía tenemos que ir a capillas privadas aquellos cristianos, aquellos católicos que queremos cumplir con los preceptos de nuestra religión».

Ante ese testimonio fehaciente, sobran comentarios. No se ha querido en las alturas gubernamentales ni abrir iglesias ni avenirse a la libertad de conciencia tan cacareada por Azaña y Negrín. Si por miedo a las tropelías de la turba, señal que mienten al decir que han dominado la calle, y tienen en sus manos los resortes todos del poder.

Conclusión: El entierro famoso ha de creerse acto político, halago a los vascos separatistas, señuelo de propaganda extranjera. Cuando sepamos que por las ramblas de Barcelona o las calles de Valencia desfilan otros sacerdotes revestidos, otras cruces alzadas, para acompañar cadáveres de ciudadanos ordinarios, de cualquiera que así lo haya deseado, entonces, que nos hablen de libertad.

Entre tanto, conste:

Que en todo el territorio dominado por el Frente Popular, no hay ni una iglesia pública abierta.

Ni se ha celebrado a la luz del día acto de culto si no el entierro ese de Barcelona, cuya publicidad y ostentación da motivo para suponer que nació más de la política que de la tolerancia.

C. BAYLE, S. J.

Hechos que hablan

Como los rojos son verdaderos profesionales del infundio y la trapacería, cada día inventan alguna para justificar lo injustificable y explicar lo inexplicable.

Ahora, que se han convencido de que la mayoría de las gentes de dentro y fuera de España se han enterado con horror de los crímenes de toda clase por ellos cometidos, dicen que ellos son los primeros en reprobarlos, que se han cometido contra su voluntad por las masas "incontrolables". Por si existe alguno tan candoroso que crea en las explicaciones de quienes no dicen una verdad, como no sea por equivocación, ahí van dos hechos sencillos que evidencian la falsa infundiosa de los rojos.

"Dirigíase un grupo de rojos al Palacio Episcopal de Vich y se encontraron con un sacerdote vestido de paisano, que ellos tomaron por un doméstico, al cual dijeron que tenían orden de asesinar todos los Obispos, sacerdotes y religiosos que encontrasen. Añadieron "que seguían un plan muy estudiado importado de la Rusia soviética". Allí aprendimos a odiar a Cristo; allí juramos una guerra sin cuartel; allí decidimos derribar y pisotear todas las cruces que encontrásemos en nuestro camino. Deseamos que tú también odies a Cristo, y como prueba dí: ¡muera Cristo! —No puedo hacerlo. —Nuestro propósito es acabar con la religión que se opone a la libertad humana."

Segundo: Uno de los prohombres del "Frente Popular" tenía un hermano religioso entre los PP. de una comunidad de Madrid; pocos días antes de los bárbaros acontecimientos le avisó que pronto sería asaltado el convento, por lo cual sería prudente que los PP. se pusiesen en salvo. He aquí la razón de que los PP. de Madrid de esa comunidad no corrieron la suerte horrible de los de Barbastro y de Lérida.

¿Está claro que las hordas seguían los acuerdos y planes de los capítostes del "Frente Popular"?

Espíritu religioso en la "Fiesta del Caudillo"

El día 1 de octubre se celebró en toda la España liberada la *Fiesta del Caudillo*. Esta fiesta ha sido la conmemoración solemne y jubilosa de aquel día de gozo nacional, 1 de octubre de 1936, en que la primera Junta de Defensa Nacional, el Ejército y el Pueblo Español exaltaron al General Franco al puesto supremo de Jefe del Estado Español, Caudillo de España y Generalísimo de los Ejércitos Nacionales. Este año, para señalar más la fecha, el Gobierno había acordado entregar este día al Caudillo el nombramiento y las insignias de Capitán General del Ejército, Suprema Jerarquía Castrense que los Generales españoles no habían alcanzado desde tiempos muy atrás.

Era, pues, esta Fiesta del Caudillo una verdadera fiesta nacional, en el más auténtico sentido. Por eso el espíritu que en ella se advirtió bien puede considerarse como el espíritu de la Nación, alma del Movimiento y vida del Nuevo Estado Español.

¿Cuál fué, pues, el espíritu de esta fiesta? El más hondo y sentido espíritu religioso. Tan hondo y tan entrañable que la fiesta, tanto como racional fué fiesta religiosa.

ACTOS RELIGIOSOS

Diéronle este carácter, en primer lugar, los actos religiosos que, en todas las ciudades se celebraron. Entre todas ellas fué, naturalmente, Burgos la que puso el sello más auténtico a la fiesta. ¡Qué hermosa y qué radiante estaba su catedral en el solemne *Te Deum* que, para dar gracias a Dios por la exaltación del Caudillo, se celebró aquella mañana! En el presbiterio parecía como si allí se estuviesen celebrando unas antiguas Cortes Castellanas. Allí estaba el Gobierno en pleno, la Iglesia, el Ejército, la Falange... Las naves de la Catedral se ensanchaban para acoger a la multitud. Parecía adivinarse la aparición de Fernando el Santo, como si viniese a decirnos que para estos momentos levantó él la Catedral.

Así son las fiestas en la España de Franco: fiestas que, antes de desbordarse por calles y plazas, en la expansión de los júbilos y de los entusiasmos po-

pulares, se recogen en los templos para signarse de fe y de religiosidad.

LA IGLESIA

Y fué, oficialmente, la Iglesia la que a esta fiesta del Caudillo le puso, más que nada, el sello católico y religioso. No podía faltar la Iglesia y no faltó a la fiesta. Para dar públicamente esta nota de la presencia oficial de la Iglesia, acudió a Burgos el Excelentísimo Sr. Nuncio del Papa en España y presente estuvo en todos los actos, juntamente con el Sr. Arzobispo y algunos otros Prelados que se encontraban en la Ciudad. En la recepción oficial que se celebró en Capitanía, fué el Sr. Arzobispo de Burgos quien llevó la voz de la Iglesia y en su nombre habló. Su discurso, sincero y elevado, refleja maravillosamente la posición de la Iglesia frente al Movimiento Nacional y frente a la obra personal del General Franco. Por esto vamos a copiarle íntegramente.

«En nombre de la Iglesia de España, es nuestro deber y nuestro deseo expresaros, señor, el reconocimiento agradecido de los fieles católicos por cuanto, con la espada del cruzado y las leyes del estadista cristiano, habéis hecho en pro y acrecentamiento de la fe. En el momento en que la locura demoníaca parecía empeñada en perder a España, surgís, señor, por designio providencial, para hacer posible la salvación de las almas que sólo en Cristo se puede encontrar.

Ningún hombre de Estado pugnó tanto, en la época contemporánea, para que la Iglesia pudiera cumplir su divina misión. Así, por vuestra obra, que tiene seguridad en los principios, rectitud inquebrantable en la justicia y cristiana emoción en la caridad, esta vieja España católica, hoy pródiga en héroes, puede volver a ser, como en sus mejores días, gonfaloniera imperial de Cristo y ejemplo ardiente para todas las naciones.

Mientras los que, sordos a la voz de Dios, se empeñaban en el error, hasta que consideraciones oportunistas les llevaron a intentar cubrir la terrible evi-

dencia de sus actos, Vos, para librar a España y al mundo del azote comunista, sólo tuvisteis que oír los gritos de los mártires y el grandioso mensaje de las tradiciones patrias. Con el pensamiento puesto en tan esforzados campeones de la fe, imploramos de la Divina Providencia que os siga asistiendo con los signos favorables que os otorga para el cumplimiento de la magna empresa que ha de ser gloria de vuestra estirpe y de vuestro pueblo.»

En estas palabras, solemnes, públicas y oficiales, de un Arzobispo español pueden ver los católicos del mundo la clara confesión de los grandes bienes que para la religión, para la Iglesia, se han derivado del Alzamiento militar y popular.

«Es nuestro deber y nuestro deseo expresaros, señor, el reconocimiento agradecido de los fieles católicos por cuanto, con la espada del Cruzado y las leyes del estadista cristiano habéis hecho en pro y acrecentamiento de la fe.»

«Ningún hombre de Estado pugnó tanto, en la época contemporánea, para que la Iglesia pudiera cumplir su divina misión.»

He aquí el hondo y sincero convencimiento de la Iglesia española. Y he aquí lo que la impulsa a hacerse presente en actos como éste. No es ya aquel acatamiento al poder constituido que tanto, en tiempos, se explotó. No es —mucho menos— el servilismo de una Iglesia que entre ser mártir y ser esclava haya preferido la esclavitud, como tanto han propalado por el extranjero los propagandistas al servicio de Moscú... Es la firme persuasión de que nuestro Caudillo encarna una causa lícita, justa y santa, y de que no es un mero poder de hecho, sino la legítima autoridad española que él supo recoger del arroyo, por donde la arrastraban y la enlodaban sus detentadores. Es la gratitud a un Caudillo y a un Jefe de Estado que tanto ha hecho, con la espada, con los hechos y con las leyes, en favor de la Iglesia. Y es el deber de estar al lado de quien encarna —en cuanto puede verlo la presión humana— el único medio de salvación para la Iglesia española. Porque, como ya dijeron los Prelados en su Carta Colectiva, «hoy por hoy no hay en España más esperanza para reconquistar la justicia y la paz y los bienes que de ellas derivan que el triunfo del Movimiento Nacional.»

EL CAUDILLO

También el Caudillo, personalmente, supo y quiso poner en su día un sello de piedad y de religión que hizo más amable su figura.

Dejemos a un lado la parte de piedad personal de nuestro Generalísimo que tuvo lugar en privado. El valor oficial lo tienen, más bien, las manifestaciones públicas. Y estas abundaron. Basta leer los varios discursos que hubo de pronunciar aquel día para advertir el espíritu de religiosidad que le animaba.

Cuando, a la mañana, en Capitanía General, respondió brevemente a los discursos que allí se habían pronunciado, tuvo para la Iglesia estas frases.

«Devuelvo su saludo a la Iglesia española con la conciencia de haber servido en esta guerra a la causa del espíritu que, más que nadie, ella representa.»

Y, al final de su discurso, dijo: «Pido a Dios claridad de pensamiento y fortaleza de brazo para poder gobernar...»

En el discurso, más solemne, que, a la noche, dirigió, por radio, a todos los Españoles, abundan las frases de sabor piadoso, las alusiones a la historia religiosa española, las exaltaciones de nuestra fe.

Canta la grandeza de España, pero esa grandeza es para nuestro Caudillo una grandeza espiritual y católica:

«España grande, en sus tierras y en su espíritu, en sus empresas y en sus concepciones imperiales y colonizadoras de reyes sabios y de misioneros santos, de grandes capitanes y de heroicos soldados, emuladas hoy por el martirio de nuestros santos religiosos, por el sacrificio de tantas vidas nobles y por el heroísmo de nuestros generosos combatientes.»

Exalta la España libre, pero esta libertad es la de un pueblo «que ayer luchaba por extender su fe y hoy lucha por defenderla con heroísmo inigualado».

Sueña, enardecido, con el próximo día del triunfo definitivo, mas este triunfo lo espera «con la protección del Cielo».

Hace la apología de la doctrina de su Movimiento y no se olvida de decir que esta doctrina «es la esencia de nuestras tradiciones, el sentido espiritual de nuestra Historia y la concepción católica de la reforma social».

Y, por fin, lo mismo que a la mañana, vuelve a cerrar su discurso con una invocación y una plegaria:

«Pido a Dios claridad de pensamiento, y fortaleza de brazo para poder gobernar con equidad y espíritu de servicio.»

Este es el Caudillo.

Y estas son, en el orden religioso, las fiestas de España Nacional.

A. DE CASTRO ALBARRAN
Magistral de Salamanca

Labor de recuperación espiritual en los campos de concentración de prisioneros

Así hemos dado en llamar los trabajos espirituales en los Campos; porque eso es lo que pretendemos los que a las órdenes del Generalísimo y siguiendo las directrices del Sr. Coronel Inspector de los mismos Campos don Luis Martín Pinillos, estamos ocupados en atraer a estos hermanos nuestros al hogar Patrio y al seno de la Iglesia Católica. Hay hoy parque de recuperación de automóviles, de material de guerra, etc., etc.; ¿por qué no llamar de esta forma la labor intensa que se está llevando a cabo entre los prisioneros de guerra de recuperarlos para Dios y para la Patria?

Vamos a recorrer, algunos de los Campos en el blanco espacio del papel en este breve artículo haciendo notar los trabajos realizados y los frutos conseguidos, con la ayuda del Señor.

Cuando a primeros de febrero emprendimos la tarea de evangelizar a los prisioneros de los Campos de Concentración, que nos encomendó el Excelentísimo Sr. Dr. D. Gregorio Modrego Pro-Vicario General Castrense, recelamos la escasez de los frutos que nos parecía habíamos de reportar. Con todo una cosa nos alentó y fué la íntima persuasión de que se trataba de una obra de importancia trascendental en la que se interesaban de consuno la Iglesia y el Estado Español.

Comenzamos por el Campo de Lerma, en donde están los prisioneros que con sus tareas físicas están declarados inútiles, ya por enfermedad crónica ya también por mutilación que les imposibilita para toda labor corporal.

Seguros de que son gente que en su mayoría había sido envenenada con un diluvio de propagandas disolventes, había que tomar las cosas despacio, nos determinamos a dar una serie de conferencias en varios días consecutivos, intensificando lo más posible la labor de esclarecer el entendimiento con las luces diáfanas de la Revelación y encender el fuego sagrado del amor de Dios y del prójimo en voluntades y corazones que desde hacía tiempo, apenas oían hablar más que de odios y discordias y luchas de clases, mutilando horriblemente a los que las oyeron y en la actualidad son nuestros doctri-

nos. Mutilación espantosa que hacía de nuestros hermanos, según la consigna marxista, hombres sin corazón y sin entrañas, como nos lo dicen los relatos espantosos de las tragedias perpetradas en la España roja.

Así comenzamos la serie de conferencias, mañana y tarde, en Lerma. Al principio nos escuchaban con prevención; de la prevención se pasó rápidamente, con derroches de afecto y sinceridad por nuestra parte, al interés, y por último, a partir del cuarto día de los ocho completos que duraron las conferencias, pudimos observar con gozo indecible de nuestro espíritu que nos íbamos acercando a las almas de nuestros feligreses y en fin a la vibración y verdadero entusiasmo por oír tras largas ausencias algo de lo que de pequeños en tiempos mejores habían aprendido y que la mayoría de los prisioneros conservaban en sus corazones, como el rescoldo envuelto en cenizas. Oían con crecido interés hablar de la existencia de Dios, de la inmortalidad del alma; de la vida futura; de la pérdida de esta vida para la cual Dios nos crió, por el pecado; de Jesucristo, de la Iglesia, de los sacramentos de la confesión y comunión y de todas aquellas verdades eternas, que son la vida de las almas y nos preparan para una eternidad dichosa y constituyen el fin último de nuestra existencia.

«Queremos cantar, Padre». Esta vibración de las almas, se tradujo desde el cuarto día en deseos de aprender algunos cantos piadosos y formar un coro, compuesto de cuarenta prisioneros, que con sus voces más o menos buenas, pero en las que se traslucía la emoción de los espíritus, reflejaban «se cambio que se opera por medio de la gracia, en las almas que asiduamente oyen la palabra de Dios vaciada en los moldes divinos del Evangelio y transmitida por el Verbo Eterno hecho carne.

Así se llegó al día señalado para las confesiones. Pensamos que no nos darían desgraciadamente mucho trabajo; pero la realidad consoladora fué muy otra, ya que seis sacerdotes estuvimos confesando durante cinco horas continuas, siendo muy contadas las excepciones de los que se resistieron a lavar

sus conciencias en la divina piscina de la penitencia.

Era el primer viernes del mes de marzo del presente año, cuando se acercaron a la sagrada mesa los prisioneros del Campo de Lerma en su casi totalidad, pues el 94 por 100 cumplió con el precepto pascual, con un fervor que edificó a cuantos tuvimos la dicha de asistir a aquella comunión de inválidos, que nos recordaba las escenas evangélicas en que el Redentor del mundo, hecho varón de dolores y que sabe de penas, aparecía rodeado de los que estaban acosados y aquejados por toda clase de enfermedades.

Y terminamos en Lerma y nos dirigimos a Bilbao, al Hospital de heridos prisioneros de la Unipersidad Comercial de Deusto; y siguiendo el mismo plan obtuvimos los mismos excelentes resultados; y fué la cuenca minera de La Arboleda, Gallarta y San Esteban de Galdames; y fué el Campo de San Gregorio de Zaragoza, y San Juan de Mozarrifar, y la Universidad literaria de Deusto hoy convertida en Campo de Concentración, y Estella, Irache y Aranda de Duero, en donde no fueron ya el 94 por 100, sino el 96, 98 por 100, llegando a culminar en Aranda de Duero al 100 por 100, pues no sabemos que uno solo dejara de cumplir con sus deberes de cristiano en este último Campo.

Casos verdaderamente conmovedores y edificantes los tenemos a granel; como el de aquel muchacho quien, después de oír la apología de la confesión, pedía con lágrimas en los ojos que le dejáramos confesarse públicamente delante de 3.500 compañeros suyos, lo que de no haber mediado nuestra formal prohibición hubiera hecho, con la sinceridad con que lo pedía; y aquel otro que se pasó tres noches de claro en claro después de oír la divina palabra, porque su espíritu inquieto no sosegaba

hasta que se confesó, y quedó tranquilo su espíritu y lleno de consuelos espirituales; y la del de más allá que, negándose a confesar y diciéndole el Padre que repitiera con él: «Dios mío si existes y es verdad lo que dice el Padre, dame deseos de confesarme», y por la tarde volvía a los pies del confesor afirmando la existencia de Dios porque sentía en su interior una fuerza que le impelía a declarar sus culpas delante del Ministro del Señor, y tantos otros que sería prolijo enumerar.

En suma; muchas veces lo habíamos afirmado y ésta ha sido siempre una convicción arraigada en nuestro espíritu: que Dios y la Virgen Santísima quieren salvar a España, y que la voz de la sangre de nuestros mártires se comenzaría a oír, esa voz que tiene la sangre generosa derramada por la más santa de las causas (que también la sangre da sus voces según frase de la Escritura) en la conversión de nuestros hermanos los Prisioneros de Guerra, y ahora lo vemos y lo palpamos y podemos afirmar como San Juan, y concluimos con esta afirmación: lo hemos visto, lo hemos oído, nuestras manos lo han palpado, que Dios y la Santísima Virgen del Pilar, quieren salvar a España y hacer de ella una Nación grande, por la vuelta hacia los principios espiritualistas del Evangelio; el pueblo hispano, si se alejó de Dios por las propagandas marxistas, hoy va volviendo y seguirá en esa ruta ascendente hacia las santas tradiciones, que forjaron nuestra grandeza Patria.

Yo invitaría a los espíritus pusilánimes y negativos, que no saben ver más que las taras de la doliente humanidad y que se encierran en su cascarón perezoso y remolón a que vinieran a recoger la sangre de nuestros mártires en los Campos de Concentración donde ya blanquea la mies.

JOSE MARIA ARNAU, S. J.

Jefe de Propaganda Religiosa en
los Campos de Concentración de
Prisioneros

El Generalísimo ante la muerte de su hermano Ramón

He aquí lo que ha contestado nuestro Generalísimo a uno de los telegramas de pésame recibidos, al del señor Obispo de Pamplona:

“A la satisfacción del Militar que entrega todo por la Patria se une el del Católico que siente la alegría ante el esfuerzo de la cruzada. Agradeciéndole la expresión de su condolencia, así como indulgencias que ha tenido a bien conceder, bésole su pastoral anillo.—Generalísimo Franco.”

SECCION DOCUMENTAL

Testamento de José Antonio Primo de Rivera

Lo escribió en la cárcel de Alicante poco antes de ser asesinado

«Testamento que redacta y otorga José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, de treinta y tres años, soltero, abogado, natural y vecino de Madrid, hijo de Miguel y Casilda (que en paz descansen), en la Prisión Provincial de Alicante, a dieciocho de noviembre de mil novecientos treinta y seis.

«Condenado ayer a muerte, pido a Dios que, si todavía no me exime de llegar a ese trance, me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo y, al juzgar mi alma, no le aplique la medida de mis merecimientos, sino la de su infinita misericordia.

«Me acomete el escrúpulo de si será vanidad y exceso de apego a las cosas de la tierra el querer dejar en esta coyuntura, cuenta sobre algunos de mis actos; pero como, por otra parte, he arrastrado la fe de muchos camaradas míos en medida superior a mi propio valer (demasiado bien conocido de mí, hasta el punto de dictarme esta frase con la más sencilla y contrita sinceridad), y como incluso he movido a innumerables de ellos a arrostrar riesgos y responsabilidades enormes, me parecía desconsiderada ingratitud alejarme de todos sin ningún género de explicación.

«No es menester que repita ahora lo que tantas veces he dicho y escrito acerca de lo que los fundadores de Falange Española intentamos que fuese. Me asombra que aún, después de tres años, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persistan en juzgarnos sin haber empezado ni por asomo a entendernos, y hasta sin haber procurado ni aceptado la más mínima información. Si la Falange se consolida en cosa duradera, espero que todos perciban el dolor de que se haya vertido tanta sangre por no habérsenos abierto una brecha de serena atención entre la saña de un lado y la antipatía del otro. Que esa sangre vertida me perdone la parte que he tenido en provocarla, y que los camaradas que

me precedieron en el sacrificio me acojan como el último de ellos.

«Ayer, por última vez, expliqué ante el Tribunal que me juzgaba lo que es la Falange. Como en tantas ocasiones, repasé y aduje los viejos textos de nuestra doctrina familiar. Una vez más observé que muchísimas caras, al principio hostiles, se iluminaban, primero con el asombro y luego con la simpatía. En sus rasgos me parecía leer esta frase: «¡Si hubiésemos sabido qué era esto, no estaríamos aquí!» Y ciertamente no hubiéramos estado allí, ni yo ante un Tribunal popular, ni otros matándose por los campos de España. No era ya, sin embargo, la hora de evitar esto, y yo me limité a retribuir la lealtad y la valentía de mis entrañables camaradas, ganando para ellos la atención respetuosa de sus enemigos.

«A eso atendí, y no a granjearme con gallardías de oropel la póstuma reputación de héroe. No me hice «responsable de todo», ni me ajusté a ninguna otra variante del patrón romántico. Me defendí con los mejores recursos de mi oficio de abogado, tan profundamente querido y cultivado con tanta asiduidad. Quizá no falten comentadores póstumos que me afeen no haber querido la fanfarronada. Allá cada cual. Para mí, aparte de no ser primer actor en cuanto ocurre, hubiera sido monstruoso y falso entregar sin defensa una vida, que aún pudiera ser útil y que no me concedió Dios para que la quemara en holocausto a la vanidad, como un castillo de fuegos artificiales. Además, que ni hubiera descendido a ningún ardid reprochable ni a nadie comprometía con mi defensa, y sí, en cambio, cooperaba a la de mis hermanos Margot y Miguel, procesados conmigo y amenazados de penas gravísimas. Pero como el deber de defensa me aconsejó no sólo ciertos silencios, sino ciertas acusaciones, fundadas en sospechas de haberseme aislado adrede en medio de

una región que a tal fin se mantuvo sumisa, declaro que esta sospecha no está, ni mucho menos, comprobada por mí, y que si pudo sinceramente almentarla en mi espíritu la avidez de explicaciones exageradas por la soledad, ahora, antes de la muerte, no puede ni debe ser mantenida.

«Otro extremo me queda por certificar: El aislamiento absoluto de toda comunicación en que vivo desde poco después de iniciarse los sucesos, sólo fué roto por un periodista norteamericano, que, con permiso de las autoridades de aquí, me pidió unas declaraciones a primeros de octubre. Hasta que hace cinco o seis días conocí el sumario instruído contra mí, no he tenido noticia de las declaraciones que se me achacaban, porque ni los periódicos que las trajeron ni ningún otro me eran asequibles. Al leerlas ahora declaro que entre los distintos párrafos que se dan como míos, desigualmente fieles en la interpretación de mi pensamiento, hay uno que rechazo del todo: el que afea a mis camaradas de la Falange el cooperar en el movimiento insurreccional con «mercenarios traídos de fuera». Jamás he dicho nada semejante, y ayer lo declaré rotundamente ante el Tribunal, aunque el declararlo no me favoreciese. Yo no puedo injuriar a unas fuerzas militares que han prestado a España en Africa heroicos servicios. Ni puedo desde aquí lanzar reproches a unos camaradas que ignoro si están ahora sabía o erróneamente dirigidos, pero a buen seguro tratan de interpretar de la mejor fe, pese a la incomunicación que nos separa, mis consignas y doctrinas de siempre. Dios haga que su ardorosa inge-

nuidad no sea nunca aprovechada en otro servicio que el de la gran España que sueña la Falange.

»Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia.

»Creo que nada más me importa decir respecto a mi vida pública. En cuanto a mi próxima muerte, la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protesta. Acéptela Dios Nuestro Señor en lo que tenga de sacrificio para compensar en parte lo que ha habido de egoísta y vano en mucho de mi vida. Perdono con toda el alma a cuantos me hayan podido dañar u ofender, sin ninguna excepción, y ruego que me perdonen todos aquellas a quienes deba la reparación de algún agravio grande o chico. Cumplido lo cual paso a ordenar mi última voluntad en las siguientes cláusulas.

(Siguen las cláusulas en que dispone de sus bienes y hace encargos familiares, entre las cuales merece anotarse la que sigue):

»A) Que revisen mis papeles privados y destruyan todos los de carácter personalísimo, los que contengan trabajos meramente literarios y los que sean simples esbozos y proyectos en período atrasado de elaboración, así como cualesquiera libros prohibidos por la Iglesia o de perniciosa lectura que pudieran hallarse entre los míos.»

Ese fué José Antonio Primo de Rivera.

Así fué su espíritu cristiano, que legó en testamento a Falange Española.

Cómo es, en lo religioso, el Nacional-Sindicalismo de los falangistas españoles

“Nuestros principios y nuestras doctrinas... son principios y doctrinas saturados de tradición, o por mejor decir, es la interpretación actual de nuestra manera de ser tradicional y católica—que esto es el Nacional-sindicalismo.”

(Palabras del ministro de Organización y Acción Sindical, señor González Bueno en su discurso pronunciado en Pamplona el 14 de noviembre de 1938.)

IMPRESIONES DE ESPAÑA

A) *En el aspecto religioso.*

Es verdaderamente impresionante ver el espíritu religioso que reina en la España Nacional. He recorrido Navarra, Vizcaya, Asturias, Castilla la Vieja, parte de Castilla la Nueva, Extremadura y en todas partes he notado con gozo las manifestaciones de fe de los diferentes pueblos. Las iglesias están llenas de muchedumbres que oran con fervor por la salvación de España. El 12 de octubre, fiesta de la Virgen del Pilar, toda la España Nacional celebró con gran esplendor la festividad de la Madre de Dios. Estaba yo entonces en Toledo y me mezclé entre los fieles en la hermosa iglesia de San Ildefonso. Aquella tarde pensaba yo que si los gobernantes de Valencia y de Barcelona contemplasen estos espectáculos de la España Nacional, no creerían ni a sus ojos ni a sus oídos. La Virgen del Pilar escuchará, sin duda todas esas plegarias que se le elevan por la victoria final y decisiva. He visto muchísimos soldados que llevan sobre el pecho, de manera bien visible, y sin respeto humano, la medalla-escapulario o el escudo del Sagrado Corazón. En Burgos, en Salamanca, en Avila, en Toledo, militares de toda graduación acuden a misa, a la bendición del Santísimo. Me causó gran edificación ver en una capilla de la Catedral de Burgos a un oficial acercarse al altar y orar allí largo rato con los brazos en cruz.

¿Y qué decir de los jóvenes de Acción Católica? Puedo asegurar que esos muchachos trabajan eficazmente por la resurrección espiritual de España. Era de ver la convicción profunda con que expresaban su fe en la Causa Nacional, porque en ella ven la campaña de la Iglesia en esta lucha de ideologías irreconciliables, entre el catolicismo y el bolchevismo. Cerca de 20.000 soldados de los que están en el frente, pertenecen a la Acción Católica, y muchos de ellos han ofrecido su vida por la conversión de sus enemigos, para que salven sus almas. Más de 6.000 han firmado el compromiso de ir a pie, una vez terminada la guerra, a la Basílica de Santiago de Compostela. Esta nota indica la espiritualidad serena que anima a los defensores de España Nacional. Contra estos hechos, los rojos de Valencia y Barcelona se estrellan. Los sacerdotes, contentos y libres se entregan de nuevo a sus ministerios. Los soldados tienen para con ellos gran reverencia. Por lo que a mí hace, en todas partes me he visto rodeado de simpatías inolvidables.

B) *En el aspecto económico.*

Se da uno cuenta fácilmente de que en España Nacional reina la abundancia. He visitado los mercados y en todos ellos he visto a montones los diferentes productos de la región. Una prueba de ello es que se puede adquirir a precios reducidos lo necesario para la vida. Por cinco pesetas se tiene una buena comida. En el hotel donde me hospedaba, me costaba el alquiler de un magnífico cuarto 3,50 ptas. Por cuatro días de hospedaje en Burgos me cobraron 14 pesetas.

Y sépase que las comidas se sirven espléndidamente. A veces se le ocurre a uno dudar si realmente España lleva ya dos años de guerra. Una vez por semana tenemos el plato único, pero casi siempre se compone de tres en uno.

C) *En el aspecto social.*

Los españoles me han encantado con su amabilidad y afabilidad. Siempre encontré en todas partes, vuelvo a repetirlo, una simpatía real y bondadosa. ¡Cuántas veces he preguntado a propósito, sin necesidad, señas y direcciones para experimentar una vez más las atenciones y cortesías con que se me daban! Por ejemplo, el muchacho militar que se empeñó en llevarme la maleta hasta el hotel, y allí no se retiró hasta haberme dado todos los informes que pudiera necesitar. O el otro que en un restaurant se empeñó también en pagarme la cuenta, y después me acompañó a la estación para conseguirme asiento en el vagón del ferrocarril. Siempre que viajé solo entre centenares de soldados me ofrecían, el uno cigarrillos, el otro fruta, etc. Y a pesar de ello la propaganda bolchevique en América sigue emperrada en convencernos de la miseria y malestar que reina en la España Nacional.

El pueblo español sale, por decirlo así, de una pesadilla y de los sobresaltos de una mala noche. Ahora abre los ojos a la luz, a la luz alimentada por una fe seria, profunda y vivida.

«En España empieza a amanecer», y está fuera de duda que, bajo la protección de la Providencia, esta España de la Virgen del Pilar, avanzará por los caminos de una paz verdadera y durable.

GUSTAVO SAUVE, O. M. I.

Decano de la Facultad de
Filosofía. Director de la Es-
cuela de Altos Estudios Po-
líticos en la Universidad de
Ottawa

Bibliografía relativa al Movimiento Nacional

T. TONI, S. J. «Iconoclastas y Mártires» 4.^a, 300 pág., precio 6 ptas. Admón de «El Mensajero». Apartado 73, Bilbao.

Entre los libros que conozco sobre las salvajadas del ateísmo marxista éste del P. Toni se lleva la primacía en punto a veracidad documental. El autor ha recorrido setenta y seis pueblos pertenecientes a las diócesis de Avila y Toledo, y con minuciosidad de un juez que actuara de oficio, fué examinando personalmente testigos y reliquias de la barbarie roja. El examen echó abajo algunas leyendas que se iban formando, pero levantó un monumento inmovible a la constancia de los mártires, sacerdotes principalmente, y a la saña homicida de caribes, que alentaba a los grupos de asesinos e iconoclastas. Las fotografías, numerosas, tomadas por el autor ilustran y avaloran este libro, único hasta hoy en su género.

T. TONI, S. J. «La lección de Navarra». 2.^a edición, 8.^o, 60 páginas.

Es un canto encendido a Navarra: al gesto heroico por Dios y por España que dió base inmovible al Movimiento, porque las 40.000 boinas rojas fueron la vanguardia de la fe española que se lanzó a luchar: de aquel embalse de la tradición, como dijo Franco, se desbordó el torrente que barrió el lodazal marxista: Navarra guerrera, Navarra Cristiana y misionera: El por qué de la vitalidad espiritual de Navarra: Navarra y la Primera Enseñanza, con un Epílogo; Navarra, siempre la misma; son los marcos en que el autor encierrá los hechos y sus explicaciones, en estilo ardiente, como cumple a un navarro; aunque ahora todos los españoles sentimos en navarro.

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID. «Informe sobre la situación de las Provincias Vascongadas bajo el dominio rojo-separatista», Talleres tipográficos «Cuesta», Valladolid, 1938. 263 pag. con 104 láminas. Precio 15 pesetas.

Este Informe, tejido con Actas levantadas, selladas y firmadas por las autoridades eclesiásticas y civiles de los pueblos visitados, es un formidable alegato contra el «contubernio monstruoso» de rojos y vascos separatistas. El lector, verá que los batallones separatistas Kirikiño y Gordejuela «tenía orden superior de volar iglesias». Verá al Gobierno de Euzkadi mandar que se desvalijaran casas particulares, edificios públicos e iglesias y a éstas convertidas en cobijos de la «camaradería de amor» y en-netos objetivos militares. Verá que según estaban de humor los rojos se permitía o prohibía el culto religioso y se concedía o negaba la libertad y la vida de los sacerdotes separatistas o no separatistas. Verá cómo en Bilbao, sede del gobierno euzkadiano, sólo en la parroquia de los Santos Juanes, por tener el clero separatista y acudir a ella la mayoría de los fieles, también separatistas, había culto con tanta espléndidez, y que hábitos y sotanas apenas se veían en público, fuera de algunos casos limitados y protegidos por los gudarís. Verá que en diversos lugares y ocasiones fueron muertos violentamente unos cincuenta sacerdotes y religiosos, algunos tras cruento martirio. Verá a la mano divina sacar de un montón de fusilados a D. Lorenzo Uralde, coadjutor y organista de Basauri, ciego por los «tiros de gracia», que le atravesaron cara y cerebro.

En español, italiano, alemán, inglés y francés, la voz serena y cálida y el gesto tajante de la verdad objetiva desvanecen las mentiras, falsías y calumnias contra España Nacional, su Caudillo, Ejército y Gobierno, fabricadas en serie por los separatistas vascos, quienes en comanda con sus aliados los marxistas, aplican el aforismo de Lenin: «Contra los cuerpos, la violencia; contra las almas, la mentira».

IMPRENTA
DE
F. E. T.
BURGOS